

INTRODUCCION.

I.

La República de Méjico, vasta division del Continente americano, está comprendida entre los dos Océanos, Atlántico y Pacífico, los Estados de Guatemala, y una línea tirada desde el Cabo de San Francisco hasta los manantiales del río del Norte, siguiendo luego el curso de los ríos Rojo y Sabina hasta la desembocadura de este último. Las dos terceras partes de esta gran comarca están situadas en la zona templada; y el tercio restante, encerrado en la zona tórrida, goza en gran parte, á causa de la elevacion del suelo, una temperatura análoga á las primaveras de Italia y de España.

El rasgo que caracteriza al territorio mejicano entre las demás comarcas del globo, consiste en la estension y en la inmensa altura de la planicie que ocupa el interior. Aquella planicie, conocida en otro tiempo bajo los nombres de Anahuac y de Mechoacan, está elevada de dos mil á dos mil quinientos metros sobre los mares vecinos, y es como la continuacion de otras llanuras mucho más estensas y no ménos uniformes que las del Perú y de Nueva Granada, llanuras que están de tal manera enlazadas unas á otras que en todas partes presentan una superficie no interrumpida.

La cadena de montañas que forma esta gran meseta es la misma que bajo el nombre de los Andes atraviesa toda la América meridional. Allí los Andes están interrumpidos por hendiduras que parecen filones abiertos, y las llanuras que las cortan se

presentan como valles longitudinales profundamente encajonados. En Méjico no se ven ya aquellos bruscos movimientos de terreno, ni aquellos declives repentinos.

La espalda misma de las montañas forma en Méjico la llanura, indicando su direccion la de la cadena misma. Las cimas están ó dispuestas ú ordenadas segun las líneas que no tienen ninguna relacion con el eje principal de la cordillera. Los valles son trasversales y poco profundos, de tal suerte que los carruajes pueden rodar desde Méjico hasta Santa Fé sobre una longitud de más de quinientas leguas españolas. Esta línea es de tal modo uniforme, que á ciento cuarenta leguas de la capital, el suelo permanece siempre elevado de mil setecientos á dos mil setecientos metros, cuya altura equivale á la de los parajes del Monte Cenís, del San Gotardo y del Gran San Bernardo. Débese á Mr. de Humboldt una série de nivelaciones barométricas que revelan claramente un fenómeno geológico tan curioso y tan nuevo.

Sobre esa planicie de Anahuac, entre la capital de la República y las pequeñas ciudades de Córdoba y de Jalapa, reposan como sobre una fragua inmensa, cuatro grandes conos volcánicos que rivalizan con los picos más elevados del Nuevo Continente. Allí se ven el Popocatepelt, que se levanta hasta los cinco mil cuatrocientos metros; el Izcaihuat, á cuatro mil setecientos ochenta y seis; el Citlaltepelt, que llega á cinco mil doscientos noventa y cinco; el Nevado de Toluca y el Cofre de Perote, que se elevan á los cuatro mil ochenta y nueve metros. Los dos pri-

meros, la *Montaña humeante* de los Indios y la *Mujer blanca*, se distinguen igualmente desde Méjico y desde Puebla, y sus masas imponentes y los contornos de sus cimas, cubiertas de eternas nieves, se destacan sobre un cielo del azul más puro que enrojecen con sus columnas de fuego. Más adelante volveremos á ocuparnos de estas montañas ignívolas, para examinar su composicion y su historia, que no serán olvidadas en la topografía detallada del país, de la cual sólo damos aquí una idea general y sumaria.

La cordillera, al penetrar en la antigua Intendencia de Méjico, toma el nombre de *Tierra Madre*. Deja la parte oriental de la planicie para dirigirse hácia el N. O., hácia las ciudades de San Miguel y de Guanajuato, al N. de las cuales se divide en tres ramales desarrollándose en una superficie muy estensa. El más oriental vá á perderse en el reino de Leon; el más occidental acaba en los bordes del rio Gila, despues de haber ocupado una parte del territorio de Guadalupe y de la Sonora. La rama central se manifiesta en toda la estension del Estado de Zacatecas, y sus puntos culminantes dividen las principales corrientes de agua que afluyen á los dos mares. Los manantiales del rio Gila y del rio del Norte, brotan de los puntos opuestos de esta rama central que se vienen á encontrar todavía á los 55° de latitud septentrional.

La roca porfídica domina en estas diferentes cadenas; es el rasgo geológico más notable. El granito se muestra en las ramas inmediatas al grande Océano, y forma también la base de las montañas de Misteca y de Zacatecas en el Estado de Oajaca. La llanura central de Anahuac aparece como un enorme dique de rocas porfídicas, que se distinguen de las de Europa por la ausencia del cuarzo. La sierra Rosa se presenta con masas gigantescas de esta roca que parecen murallas y bastiones arruinados, y dá á los alrededores de Guanajuato un aspecto romántico. Cerca de Mamanchota, las rocas conocidas con el nombre de *Órganos de Actopan* se destacan en el horizonte como un viejo castillo, cuya base arruinada fuera ménos ancha que su cima. En la misma llanura central están los grandes depósitos de oro y de plata. Se encuentran el estaño y el

cobre en los Estados de Guanajuato y Valladolid; abunda el hierro en esta última provincia, en Zacatecas, en Guadalupe y en las provincias interiores. El zinc, el antimonio, el mercurio y el arsénico se presentan en gran número de parajes. El carbon no se ha encontrado mas que en el Nuevo Méjico. La sal gema es una de las principales riquezas de San Luis del Potosí.

Hay cráteres abiertos en casi todas las hendiduras de la cordillera: cinco de estos volcanes ardan aún en el tiempo en que Mr. de Humboldt visitó á Méjico. Sin embargo, las grandes esplosiones volcánicas y los temblores de tierra que tan frecuentes son en las costas del Pacífico, turban ménos el reposo de los habitantes de Méjico que el de sus vecinos del Sur. Desde 1759, época en que el volcan de Jorullo salió de tierra rodeado de una multitud de pequeños conos humeantes, ninguna catástrofe de esta especie ha venido á espantar la Nueva España; pero los rumores subterráneos oídos en Guanajuato en 1784, y algunos fenómenos de la misma clase observados en diversos puntos, tienden á probar que todo el país comprendido entre los grados 18 y 22 contiene un fuego activo que rasga de tiempo en tiempo la corteza del globo, aun á grandes distancias de las costas del Océano.

II.

Las altas tierras mejicanas ven estenderse á su pié una faja de llanuras angostas hácia el Sur, que se ensanchan á medida que se avanza hácia el Norte. No tienen el mismo declive las dos pendientes de la llanura á Oriente y á Poniente. Las ondulaciones del terreno entre Méjico y Acapulco sobre el grande Océano, son mucho ménos bruscas que entre el mismo punto y Veracruz sobre el Atlántico. Por este lado se viaja mucho más tiempo sobre lo alto de la planicie; pero aquí también el descenso es más rápido y continuo, sobre todo de Perote á Jalapa, y desde este sitio, uno de los más bellos del mundo habitado, á la Rinconada. Tomando esta línea por base podremos formarnos una idea de los diversos climas y cultivos de Méjico. En ninguna parte se reconoce mejor el orden admirable con que las diferentes tribus

de vegetales están dispuestas por capas, unas más altas que las otras. Todo cambia á medida que se vá subiendo: el aspecto del país, los matices del cielo, la forma y magnitud de las plantas, las costumbres de los habitantes, las clases de cultivo.

El viajero que saliendo de Veracruz apresura el paso, ansioso de escapar al terrible *vómito prieto* que en aquella cálida comarca hace tantos estragos, llega á Jalapa, la region de la encina, árbol protector á cuyo pié debe haber un poder invisible, amigo de los hombres, que detiene el azote como por encanto. Respirando entonces bajo un cielo hermosísimo, y libre de pensamientos de muerte, el viajero goza con delicia de los magníficos paisajes que se presentan á su vista. Entra en los bosques de liquidámbares (1) que le anuncian con la frescura de su fronda, que ha llegado á los altos parajes en que las nubes suspendidas sobre el Océano vienen á tocar las cimas basálticas de la cordillera. Más arriba se vé obligado á renunciar al fruto nutritivo del bananero, que no puede madurar en aquella region brumosa y fria, en que la necesidad escita al indio al trabajo y despierta su industria. Más allá todavía, en las inmediaciones de San Miguel, vé los esbeltos pinos entremezclados con las copudas encinas, que le acompañan hasta las altas mesetas de Perote. En estas dos estaciones, el trigo de Europa y todos los cereales importados despues de la conquista se mezclan con los campos de maiz, originario del país y amigo de todas sus temperaturas. Despues solamente los pinos se presentan á los ojos del viajero cubriendo las rocas, cuyas cimas van á perderse en las regiones de las nieves eternas. Así es que en pocas horas, en aquella maravillosa comarca, el observador de la naturaleza recorre toda la escala de la vegetacion, desde la heliconia y el bananero, cuyas hojas barnizadas se desarrollan en dimensiones extraordinarias, hasta el parénquimo angosto de los árboles resinosos.

En virtud de esta configuracion del suelo, que se reproduce en la mayor parte de los puntos de Méjico, esta vasta comarca se subdivide en tres grandes zonas, ó sea en

(1) *Liquidámbar*, árbol de la América septentrional, familia de las amantáceas, que produce una resina ó goma líquida ó rojiza.

tierras frias, templadas y cálidas. Estas últimas, las más fértiles de todas, producen azúcar, algodón, indigo, bananos, etc., y como una triste compensacion encierran en su seno la fiebre amarilla que toma en Méjico el nombre de *vómito prieto*. A esta region, llamada *Tierras calientes*, pertenecen una parte del Estado de Veracruz, la península de Yucatan, las costas de Oajaca, las provincias marítimas del Nuevo Santander y de Tejas, todo el nuevo reino de Leon, las costas de la California, la parte occidental de la Sonora, de Cinaloa y de la Nueva Galicia, y las partes meridionales de los Estados de Méjico, Mechoacan y la Puebla. Los puertos de Acapulco, los valles del Papagayo y del Peregrino, forman parte de los parajes en que el aire es siempre más cálido y más insalubre.

Sobre la pendiente de la cordillera, á la altura de mil doscientos á mil trescientos metros, reina perpétuamente una suave temperatura de primavera que no varía de 4 á 5°; es la region benigna, las *Tierras templadas*. Allí no se conocen ni los calores ardientes, ni los frios escesivos; el calor medio de todo el año es de 18 á 20°: es el apacible clima de Jalapa, de Tasco, de Chilpanzingo. Las *Tierras frias* son las llanuras elevadas más de dos mil doscientos metros sobre el nivel de los mares. El gran valle de Méjico y el valle de Actopan corresponden á esta region. En general la temperatura media de toda la gran llanura de Méjico es de 17°, en tanto que en las llanuras cuya elevacion escende de dos mil quinientos metros, el aire no se calienta más allá de 7 ú 8°. Aquí el olivo no madura jamás, y si los inviernos no son escesivamente rudos, el calor del estío es muy débil para acelerar el desarrollo de las flores y dar á los frutos una madurez completa.

En Méjico parece que se han citado las flores de todos los países. Los árboles de la Persia y de la India van á mezclarse allí con el olmo feudal y con las encinas de la antigua Galia; los frutos perfumados del Asia con los frutos de los árboles de Normandía; las flores de Oriente con la camelia, con la misteriosa verbena, con la blanca violeta de nuestros campos. Hay en aquella bella tierra americana palmeras de abanico, ba-

naneros que suministran una sustancia alimenticia, campos de maíz desde la region fria hasta el ardiente sol de las riberas marítimas, el nopal que alimenta á la cochinilla que nos dá el carmin, y el maguey de que saca el indio un licor espirituoso que le gusta extraordinariamente. Para ella y para la Europa crecen sobre su variado suelo el arbusto de ancha túnica que produce la pimienta, el convólulo jalapa ó jalepe medicinal, el pimiento de Tabasco, la perfumada vainilla que se complace en estar á la sombra de los liquidámbaros y de las amyris, arbustos resinosos que destilan los bálsamos conocidos con los nombres de Copahú y Tolú. Entre sus riquezas vegetales cuenta los arbustos que producen el índigo y el cacao, las cañas de azúcar, los algodoneros, las plantas de cuyas hojas se saca el tabaco, y los inmensos bosques de acajou, de campeche, de gayac y otras muchas especies de maderas tintóreas y de ebanistería. En los últimos años nuestros jardines han obtenido de la flora mejicana la *solvia fulgens*, cuyas flores carmesíes tienen tanto brillo, las espléndidas *dalias*, el helicanto y la delicada mentzelia. ¡Y cuántos vegetales útiles ó deliciosos á la vista le restan aún que enviarnos!

En medio de todas las ventajas de su afortunada posición, carece este país de rios navegables y no tiene en general bastante agua. El rio del Norte y el rio Colorado, en el Norte, son las únicas corrientes dignas de mención. No se encuentran en la parte septentrional sino pequeños rios cuyas desembocaduras tienen una anchura considerable: de la misma cordillera brotan torrentes más bien que rios. En cambio abundan en Méjico los lagos, entre los cuales debemos citar como los mayores el lago de Chapala, dos veces más grande que el de Constanza; el lago de Patzcuaro, uno de los sitios más pintorescos de ambos Continentes: el lago de Matitlan, el de Parras y los lagos del valle de Méjico, no son sino los restos de aquellos inmensos receptáculos que parecen haber existido en otro tiempo en las altas y dilatadas mesetas de la cordillera: en la mayor parte de ellos disminuye de año en año el caudal de sus aguas. La fresca verdura y la vegetación vigorosa de sus riberas, no son ya lo que fueron cuando los españoles llegaron

á la planicie central, cuyas partes altas son ahora más áridas que en el tiempo en que su aspecto recordaba á los conquistadores las llanuras de las dos Castillas, é impulsó á Hernán-Cortés á dar á estas regiones el nombre de Nueva España.

Son frecuentes las lluvias en el interior de Méjico, y raros los manantiales en montañas compuestas en gran parte de traquitas hendidas. Es preciso, sin embargo, restringir la aridez del suelo á las llanuras más elevadas, y reconocer que la mayor parte de Nueva España pertenece á los países más fértiles de la tierra. Los arribos marítimos no son fáciles en esta comarca; toda la costa oriental se parece á un gran dique contra el cual los vientos alisios y el continuo movimiento de las aguas de E. á O., arrojan las arenas que el Océano agitado no deja nunca en reposo. Casi toda la costa está llena de bajíos y guarnecida de barras; y lo que aumenta todavía los peligros de la navegación en aquellos parajes son las tempestades, los vientos impetuosos de N. E. y del S. O. que en ciertos meses del año hacen casi inabordable las riberas del golfo de Méjico y los puertos de Acapulco y Guatemala.

III.

Volvamos á la estensa llanura de Méjico, comarca pintoresca donde se ven lagos á cuya orilla descansan ciudades populosas; valles cubiertos de flores y de árboles frutales, aun en alturas donde en Europa sólo se encuentran rocas esneetas y cimas nevadas; grandes espacios cubiertos de muriato de sosa, cal y eflorescencias salinas, como en el Thibet, como en las estepas del Asia Central. Allí hay grandes porciones de tierra amarilla y sin agua; allí numerosas y risueñas plantaciones de agaves, únicas vides que conocieron los indios aztecas; allí también los tesoros metálicos, las ricas minas de oro y de plata que tanta opulencia dieron á los antiguos pueblos de Anahuac, fatales riquezas que escitaron la codicia de los españoles, sin las cuales los indios habrían quedado libres como los salvajes de los bosques, ó como los que aun vagan independientes en las llanuras ó en las riberas de los grandes rios de las dos Américas.

Detengámonos ahora un instante en uno de los puntos más importantes de esta llanura, en el magnífico valle de Méjico ó de Tenochtitlan, colocado más alto que algunos picos de los Alpes, más alto que la mayor parte de los lugares habitados de nuestra Europa. Su elevacion, su cultivo, sus lagos, sus minas, sus productos bastarian por si solos para escitar la atencion del observador y merecerle una mencion especial en esta rápida ojeada general; pero un interés más poderoso nos obliga á describirle: el valle de Méjico es el principal teatro de la historia mejicana.

Este gran valle que ocupa el centro mismo de la cordillera del Anahuac, es un vasto receptáculo ovalado de diez y ocho leguas, doce de ancho, sesenta y siete de circunferencia y doscientas cuarenta y cinco leguas cuadradas de superficie. Está como circunvalado de montañas muy elevadas, entre las cuales sobresalen como dos gigantes los dos volcanes de Puebla. El fondo de este receptáculo se levanta á dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del mar. Cinco lagos dispuestos por escalones ocupan la décima parte del territorio, estendiéndose aun más en los tiempos antiguos. El de Tezcucó es el más bajo de todos; las aguas que descienden de las montañas inmediatas se reúnen en él, y no dan origen á ningun rio. En Europa, á tal altura, el suelo estaria desnudo ó cubierto de rocas parduscas y de algunas plantas, languideciendo bajo un rudo clima; ni aldeas, ni flores ni frutos se ofrecerian á nuestros ojos. No sucede allí lo mismo: allí se admira el más maravilloso de los contrastes: la naturaleza con su vida animada, brillante y caprichosa, cuando segun nuestras ideas deberia manifestarse árida, descolorida y silenciosa.

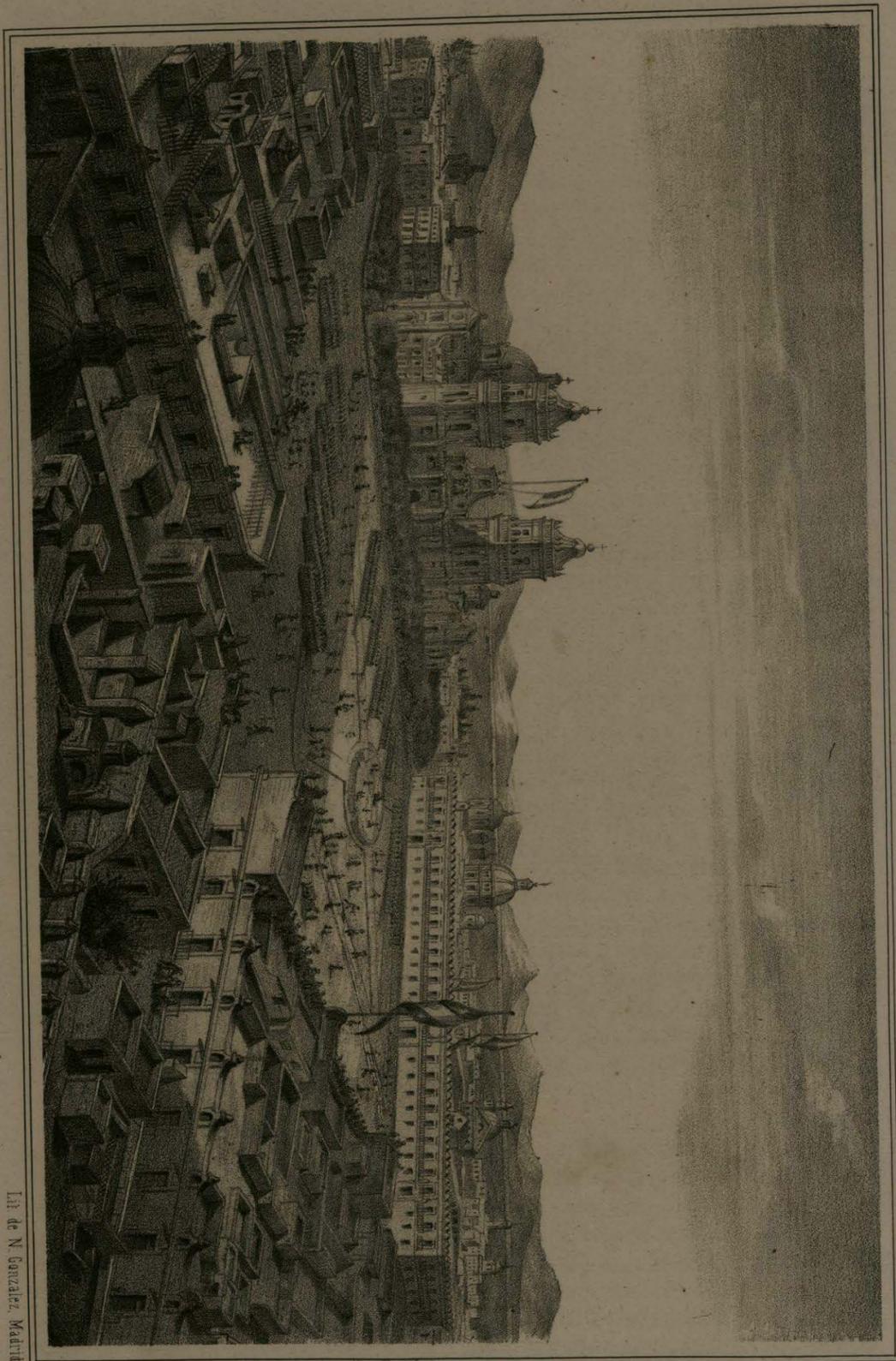
Quien haya subido á una de las torres de la catedral de Méjico, en una mañana de estío, cuando el cielo aparece despejado y con ese bello azul oscuro que le dá el aire seco y rarificado de las alturas terrestres, no habrá podido ménos de detener sus primeras miradas sobre aquella hermosa colina de Chapultepec, adornada con una vejetacion espléndida, sobre la que resaltan aún los altos cipreses que plantaron los reyes de la dinastía azteca, y los *schinus*, cuyo aspecto re-

cuerda los sauces llorones del Oriente. Volviendo despues los ojos á todos lados, hasta la cadena circular de las montañas escuetas y cubiertas de hielos perpétuos, habrá visto la superficie ondulada de los lagos, los campos cultivados, las mieses que balancean las brisas de la tarde, los jardines atestados de flores donde las familias vejetales de ambos mundos rivalizan en belleza. Naranjos, manzanos, granados, cerezos, mezclan allí su follaje y confunden sus frutos. Desde las torres de la catedral, el Méjico de Hernan Cortés, estendiendo á lo léjos sus prolongadas alamedas, se desarrolla, no ya en las aguas, sino cerca del lago de Tezcucó, cuyas pintorescas orillas sembradas de aldeas y cabañas recuerdan los más bellos lagos de la Suiza. Aquí es donde tuvo su cuna el antiguo imperio mejicano; aquí donde se levantó su opulenta capital con sus templos, con sus pirámides, con sus palacios, y donde numerosas generaciones han señalado su paso con grandes monumentos.

Es imposible ver y no amar aquella naturaleza ataviada de tan gran lujo de creacion, bajo un cielo tan puro que se nubla periódicamente para inundar la tierra con el torrente de las aguas tropicales. Desde lo alto de las montañas inmediatas, el valle de Méjico presenta uno de esos cuadros que jamás se olvidan. Aquellos límpidos lagos, aquellos volcanes que parecen estinguidos en la víspera, aquellos picos cubiertos de eternas nieves, las crestas titánicas que toman el color del índigo; las lomas sin cultivo, la llanura inculta y arenosa; la ciudad que escita tan gloriosos recuerdos, siempre inundada de luz, sumerjida siempre en una neblina azulada; el silencio solemne de la naturaleza, que sólo interrumpen el sonido de las campanas; todo esto impresiona, embelesa, subyuga; todo esto bajo un cielo templado y purísimo, y alumbrado á la altura de ocho mil piés por el espléndido sol de los trópicos, dá á Méjico un aire tal de magnificencia y de perpétua fiesta, que en vano se buscaria en otra ciudad alguna del universo.

Méjico se mostró á la vista enamorada del conquistador, con la frescura de una ciudad flotante enmedio de una vasta llanura sembrada de verdes islas y de pueblos pin-

PLAZA DE ARMAS DE MÉJICO.



Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

MÉJICO.

torescos, y rodeada de un cerco de vegetacion lozana. Nó: la bella Italia no pudo parecer tan bella desde los altos Alpes á los ojos ambiciosos de Anibal y Napoleon, como la encantadora Méjico al entusiasmo de Hernan Cortés cuando se le ofreció con la novedad de la creacion, al trasponer la sierra por entre los dos magníficos volcanes, puestos allí por la mano de Dios como para alumbrar con su eterna blanquísima luz el gran valle del Anahuac. Hoy las aguas se van retirando y la vegetacion consumiéndose, y la ciudad fija su planta sobre un terreno más firme, que dá indicios, sin embargo, del primitivo

dominio que sobre él ejercieron los lagos. Gran parte de la hermosura antigua ha desaparecido en consecuencia, sin que se haya reemplazado por un esmerado cultivo; pues es visto que los mejicanos han heredado de los españoles su incuria en el trabajo, y su poca afieion á los esplendores de la naturaleza. Tal es hoy la metrópoli de los aztecas, la ciudad predilecta de Hernan Cortés, la ostentosa córte de los vireyes de Nueva España; la que acaba de recibir con palmas y con flores, con aclamaciones de júbilo entusiasta al restaurador de la República.

HISTORIA DE MÉJICO.

PRIMERA PARTE.

DESDE LA CONQUISTA POR HERNAN CORTÉS (1521) HASTA LA GUERRA DE INDEPENDENCIA (1810).

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS HABITANTES.

Preliminares.—Los toltecas.—Los chichimecas.—Los aztecas.—Primeros reyes aztecas.—Motezuma I.—Organizacion militar de los aztecas.

I.

La historia antigua de Méjico, anterior á la conquista de Hernan Cortés, se compone de dos periodos distintos, ó por mejor decir fraccionados: el primero, que se refiere á la dominacion de los *toltecas*; el segundo, que abraza el poderío de los *aztecas*; entre éstos y aquellos hubo una época intermedia bastante oscura y mal caracterizada, la de los *chichimecas*, que fué de corta duracion. Arrollados éstos por los aztecas se retiraron hácia las montañas de Tlascála, en número bastante considerable para formar una nacion poderosa, bajo la dependencia del imperio azteca; son los tlascaltecas, adversarios temibles de Hernan Cortés al principio, sus amigos y auxiliares despues por ódio á sus opresores y por el deseo de venganza.

Eran los *toltecas* de una raza benévola, pero dotada de una gran actividad y de un espíritu emprendedor é infatigable. Establecieron la metrópoli de su imperio en Tula, nombre que le dieron en memoria de la region misteriosa llamada *Tullan*, que segun sus tradiciones les habia servido de cuna. En concepto de Mr. Alejandro Humboldt, observador sagaz y profundo, así de los hechos políticos y sociales como de los fenómenos de la

naturaleza, la forma de gobierno de los toltecas y su organizacion social demuestran que descendieron de un pueblo que habia experimentado ya grandes vicisitudes en su desenvolvimiento. Lo que parece indudable es que ellos fueron los primeros que llevaron al valle del Anahuac los primeros gérmenes de civilizacion, y los que dejaron grandiosas construcciones, comparables sólo con las de la India y del antiguo Egipto. Se les atribuye la fundacion de las grandes pirámides que subsisten todavía en el territorio mejicano: la de San Juan de Teotihuacan, y la de Cholula, que servia de sosten al templo de Guetzacoal, el dios de los aires.

Muy diverso fué el carácter de los aztecas; sombríos y severos hasta la crueldad, pronto dieron suelta á sus instintos sanguinarios, é impelidos por el espíritu de dominacion y de conquista organizaron sólidamente su imperio que abarcaba inmensos territorios, y fundaron la opulenta y magnífica Tenochtitlan, sobre cuyo solar se asienta la moderna Méjico. De la doble influencia de los toltecas y aztecas, provino la civilizacion mejicana, tal como se presentó á los conquistadores españoles. El estado social de los aztecas en la época de Motezuma, ofrece disparidades extrañas y contradicciones increíbles: costumbres suaves mezcladas con prácticas de barbarie; lo bello y gracioso unido á lo terrible y repugnante; y para decirlo de una vez, los sacrificios humanos y los festines de caníbales asociados al culto de las flores, á sentimientos caballerescos, y á ceremonias